
EL FLAMENCO EN LA ACADEMIA DE CÓRDOBA

Palabras pronunciadas por el director de la Institución en la apertura de la sesión pública del día 21-I-96

ÁNGEL AROCA LARA

El interés de los intelectuales por el cante flamenco, esta forma de expresión tan apasionada como nuestra, es ya viejo. Se remonta, cuando menos, a los años centrales del siglo XIX, en los que literatos de la talla de Serafín Estébanez Calderón y Cecilia Böhl de Faber, sintieron la necesidad de adentrarse en el estudio del cantar del pueblo andaluz.

Ahora, en el ocaso del siglo XX, el cante de esta tierra ha generado una importante bibliografía, que es reflejo, sin duda, de la insistente demanda de sus muchos aficionados y estudiosos. Aquel campo vasto y fecundo, todavía virgen, que contemplara Antonio Machado y Álvarez desde la introducción de *Soledades*, escritos flamencos que vieron la luz en 1879, se encuentra hoy perfectamente cultivado y en plena producción.

Nuestra Academia no puede ni quiere vivir de espaldas al Flamenco, una manifestación tan genuinamente andaluza y cordobesa, que, además, por su condición de artística, entra de lleno en el campo de estudio de una de sus secciones, la de Nobles Artes. Por ello, desde que asumimos esta dirección, sentimos la perentoria necesidad de que la institución cultural más antigua de la ciudad abriera sus puertas al Flamenco, para que también aquí se escuchara el cante y pudiera herirnos la guitarra con su puñal de música.

A tal efecto, nos pusimos en contacto con Agustín Gómez y hablamos de programar una sesión académica dedicada al cante flamenco. Esta no pudo celebrarse en su día por los numerosos compromisos del reputado flamencólogo cordobés, que hoy viene a regalarnos con el último fruto de su ingenio: *Presencia de Cántico en el Flamenco*.

Gracias a la presentación de este libro, por el que felicitamos a su autor y al Ateneo de Córdoba, la institución hermana que ha hecho posible su edición, se va a ver cumplimentado, por fin, nuestro viejo anhelo de darle la bienvenida al Flamenco en la Academia.

Aguardamos con impaciencia que la voz de Luz de Córdoba inunde el cimbo-

rrio que nos cobija, y que las notas de la guitarra, arrancadas por la maestría de Manuel Silveria, salten leves, al ritmo de los arcos, de cimacio en cimacio. Pero, antes y para ir predisponiendo el ánimo, queremos dejarnos acariciar por el verbo culto, preciso, cálido y undoso de nuestro buen amigo y excelente poeta, Manuel Gahete. Él nos dará la primera noticia de este libro, que aviva en nosotros el recuerdo de académicos tan queridos como Ricardo Molina, Juan Bernier, Pablo García Baena, Mario López, Julio Aumente, Miguel del Moral y Ginés Liébana, pues todos los hombres de Cántico están vinculados o lo estuvieron en vida —es el caso de los dos primeros— a esta Academia.

De la proyección del Flamenco en la plástica hay ejemplos tan elocuentes como el que constituye la obra del también académico Antonio Povedano, que hoy nos acompaña. Igualmente, los pintores de Cántico en mayor o menor medida, se han dejado seducir por él; y recordamos aquellas tres espléndidas cabezas que hizo Miguel del Moral del cantaor pontano Antonio Fernández, “Fosforito”. No obstante, por su título, intuyo que el libro de Agustín Gómez, que hoy se presenta, abundará en la aportación de los poetas de Cántico a este arte sublime, que, aunque nace del pueblo y es del pueblo, se ha alimentado con frecuencia del quehacer de los poetas cultos.

Los poetas de Cántico, como Salvador Rueda, los hermanos Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca y tantos otros, no han podido sustraerse a hacer su aportación al Flamenco, como la fórmula más segura para alcanzar la ansiada perfección de sus versos. Que ya lo dijo nuestro comprovinciano Eloy Vaquero: —“Porque la copla, hija de un verdadero poeta, conocido o desconocido, va con el andar del tiempo, desnudándose y depurándose de boca en boca y de alma en alma, como chinita de río, que no hay lima ni torno que la pula mejor”—.

Todavía nos envuelve la presencia de Pablo García Baena, de Manuel Aumente y Mario López, y aún es rotunda la memoria de Ricardo Molina y Juan Bernier, pero, cuando pase sobre Córdoba el tiempo —bálsamo del olvido, sí, pero también demoledor implacable de lo que vale la pena recordar—, quizá el nombre de los poetas de Cántico se desdibuje y languidezca con sus versos, comidos de humedades y polillas, cubiertos por el polvo desidiioso de la incuria —hablo, obvio es decirlo, de mucho tiempo, de muchísimo tiempo—. Si llegara ese día en mala hora, sólo en el cante estará vivo Cántico. Tal se lo dijo a Guillén Manuel Machado:

*Hasta que el pueblo las canta,
las coplas, coplas no son;
y cuando las canta el pueblo,
ya nadie sabe el autor.*

*Tal es la gloria; Guillén,
de los que escriben cantares:
oir decir a la gente
que no los ha escrito nadie.*

*Procura tú que tus coplas
vayan al pueblo a parar,*

*aunque dejen de ser tuyas
para ser de los demás.*

*Que, al fundir el corazón
en el alma popular,
lo que se pierde de nombre
se gana de eternidad.*

La Academia, valedora de todo lo cordobés, abre hoy gozosa sus puertas al Flamenco, que nos llega de la mano de Agustín Gómez, Luis de Córdoba y Manuel Silveria, porque él, además, es garantía de eternidad para los poetas de Córdoba.